

EL GAUCE.

26 de Julio.

«Antes de ayer me cansé de escribir. Ayer guardé la fiesta, día de Santiago. ¿Cómo estarían los toros en Santander? Nosotras no hemos ido, por el luto. Dice Mamá que no hubiéramos podido ir a paséo, cuanto menos á las fiestas, y para pasarnos esos días encerradas en casa, mejor estamos en el Rutizal. Por aquí no ha quedado familia que no haya ido á los toros y las ferias.»

«Aguedita Velarde me decía: A mí no me gustan los toros; es decir, presumo que no me gustarían, porque no los he visto nunca, ni tengo gana de verlos, y cuando los hay, mientras dura la corrida siento así como miedo, y á veces me dan temblores pensando en lo que puede suceder; pero, hija, me alegro mucho de que los haya, porque con los toros vienen otras diversiones, y muchísima gente y sale una del aburrimento de todos los días ¡todo el día en la calle! Que á la feria, que al paséo, que á la visita, que al convite, que á la tienda. Y luego por la noche, al teatro, á la iluminación, al baile de campo. ¡No se cesal!»

«Tampoco yo tengo afán de ver toros: pero bien me gustaría todo lo demás de que Aguedita hablaba. Aguedita es lista y piensa con juicio. Hoy no estoy para escribir. Madre Luisa decía que había que vencerse y vencer la pereza. Yo hago lo que puedo; pero, de verás, no puedo más.»

29 de Julio.

«Dos días de asueto, querida Cristina ¡qué fastidio! Cogía la pluma y se me caía de las manos; me ponía á pensar y bostezaba, no tenía coraje para leer lo que días antes había escrito. Hoy me propongo hacer voluntad, como el capellán aconseja diciendo que quién hace voluntad todo se lo halla hecho.»

«Repaso lo escrito ¡cuanta niñada! ¡si lo leeras! Pero en algo no he dicho verdad, y quiero enmendarlo. La novedad mayor en el Rutizal no son las plantas, ni los muebles nuevos que Mamá trajo, ni las obras y las mudanzas que hizo. La novedad mayor es una vecina que tenemos ¡qué preciosa criatura! ¡qué elegante! ¡hasta en su nombre! la llaman Fidelia. Siempre está vestida de blanco y una flor en el pecho. Es viuda. Vive sola con sus criados en una casa pegada á la nuestra, como quién dice. Hay entre las dos un huertecito, y entre su jardín y el nuestro media pared y un seto alto de laureles y madreselvas. ¡Qué casa, Cristina mía! Cuando yo fui al colegio era un pajaron destartado donde vivían unos pobrecitos que apenas tenían qué comer. Ahora es un palacio. Es decir, el palacio es el nuestro; así se lo llaman los aldeanos. La casa de Fidelia no es palacio, porque los palacios han de ser así, cosa seria, algo pasada y vieja ¿no es verdad? algo triste y fruncido de cejas con pórticos y balcones y armas. La casa de Fidelia no es tal, ni tiene nada de esto; pero es un primor, roja y blanca y recogida y coqueta como para tenida bajo fanal. El capellán dice que la casa se ve; y eso que el capellán no hace migas con la vecina y no aprueba que yo vaya á visitarla. Mamá repite una frase francesa:—*folie cage, gentil oiseau*. De la casa antigua solo quedan los laureles arrimados á la cerca, algunos naranjos y cajigas; lo demás, todo nuevo. Y ¡qué lujo! los ladrillos parece que se trajeron de Inglaterra, la piedra de Francia, de Angulema. ¡Y el interior! Un dije. Pero el primor de aquellos primores es su dueña. Rubia con ojos azules.»

«Aquellos ojos azules que tanto hemos admirado siempre; los ojos azules que eran nuestra envidia, esos, los tiene Fidelia. Comprendo que las gentes se entusiasman al verla, pero desafío á quién quiera á que se entusiasme lo que yo. En los ojos de Fidelia veo todo cuanto

una ha leído ó oído sobre ojos azules. ¡Un cielo! ya lo creo que los llamarán un cielo. Aunque, si no fuera pecado, diría yo que me gustan más que el cielo; porque ciertamente el cielo sereno es muy hermoso, ¡tan claro! ¡tan limpio! pero también es algo cansado; porque se está quieto y mudo. Azul, muy azul, azulísimo, lo más azul del mundo; pero ni se mueve, ni habla, y cansa á quién de buena fé le contempla esperando que diga algo. ¡Lo que los ojos de Fidelia cuentan cuando se quedan clavados en tí, acariciándote, que parece que te tocan y te besan! ¡lo que ellos hablan cuando se paran mirando al suelo, ó á una flor, ó al cáuce! Yo no sé lo que dicen ó no lo entiendo, pero estoy ciertísima y segura de que dicen muchas y muy interesantes cosas, como lo estoy cuando veo de lejos hablar á los aldeanos y no alcanzo más que sus ademanes, ó cuando oigo de cerca á un extranjero sin entenderle el habla.»

«También es cierto que pocas veces está Fidelia callada y pensativa, pero esas pocas veces ¡qué hermosísima! Si ella se viera en un espejo no volvía á hablar en su vida. En lo cual perderíamos todos, porque no hay criatura más cariñosa, más lista, más encantadora. ¡Y cuándo viene cansada del paséo ó se anima en la conversación y se pone colorada como una rosa de primavera? Colorada está mal aplicado, porque así nos dice Mamá á nosotras cuando nos sofocamos corriendo y jugando, que nos echa fuego la cara. Y otro tanto dicen de las aldeanas después de echar un baile, que se les ponen las caras como pimientos. El color de Fidelia es un color ¿de qué diré yo? No sé; parece nácar y aunque dije rosa, no tenemos nosotros en el jardín, ni yo he visto en otra parte, rosa de hojas tan suaves y tersas y transparentes como aquellas mejillas.»

«¡Mujer divina! como dirían nuestras amigas madrileñas; más yo no lo repito, por habérmelo reprendido Mamá y el capellán, corrigiéndome y enseñándome que solo «Dios es divino. Y ¡qué pelo, Cristina! ¡qué madejas de seda! A veces parece oro y á veces luz. Cuando le dá el aire y le vuelan los rizillos sobre la frente parecen pelusilla ardiendo y que se la va á llevar el viento.»

«Voy á versi está en el jardín.»

III.

Ahora bien: como quiera que vivimos en tiempos en que todo se reparte y extiende y vulgariza, sin exceptuar aquella curiosidad inquieta del espíritu, que, según dicen, fué en otras edades cualidad peculiar de ciertos escogidos; como quiera que hoy satisfacé á pocos el puro conocimiento de las cosas y luego de poseído desean y solicitan muchos el de sus causas y orígenes; pudiera acacer hallarse entre los lectores de estas hojas quién se mire asaltado por el deséo de saber lo que el nombre de Rutizal significa y de donde venga. Porque no es nombre imaginado, ni único en la tierra donde nuestro cuento pasa, en la cual lo llevan otros parajes y tierras, además de estos que vamos pintando.

Pués Rutizal, á mi juicio—que no tiene ahora ocasión de consultarse con otros más sagaces, entendidos y mejores, y les deja la obligación y la súplica de que en conociéndole le castiguen y reformen,—ha de venir á entenderse como sitio abundante en ruda, yerba no poco olorosa, aunque al olfato ingrata, y en la cual no dejarían de pararse, si el olor no los despidiese, muchos contemplativos, afanosos de arte y poesía, aficionados á los detalles menudos de las plantas. Porque así lo rizado y pulido de sus hojas, como lo pálido de su verdura y lo descolorido y triste de sus flores, interesa. E interesa aún más aquella vivacidad con que la planta, manoseada por el curioso, ó herida por el bastón del pasajero, arre-

cia de olor; sin que pueda distinguirse si aquella mayor energía y abundancia de sus alientos, significa su enojo y las armas con que se defiende viéndose ofendida, ó la mansedumbre con que al ser maltratada ofrece generosa cuanto puede dar, su aroma; del cual no se le alcanza si halaga ó mortifica los sentidos humanos. Y las pasiones de las plantas, su cólera ó su ternura, sus iras ó su contento, vienen á semejarse á las pasiones de los niños, y á interesar como ellas: unas y otras, fogosas y vivaces, ni logran satisfacerse, ni llegan á ejecución cumplida; por ser en niños y plantas incompleta la vida, y faltarles fuerza, tino y libertad para servir y obedecer á los movimientos de su naturaleza.

Por eso un aroma llama como llama una voz y volvemos involuntariamente la vista á buscar de donde el olor viene como de donde viene el sonido. Por eso el alma divagando á solas halla poblada la campiña muda, sonoro el páramo desierto, rico en despertadoras voces el mar sereno y al parecer dormido.

¿No has sentido alguna vez fijarse en tí los ojillos pálidos del brezo en la sierra y te has bajado á cogerle, respondiendo á sus miradas con las de tus ojos y con las más hondas aún de tu pensamiento? Y cuando en los quebrados senderos de la Montaña, los dientes de la zarza vagabunda ó las espinas del argoma malditos mordiéndote en la descogida falda detuvieron tu paso, no sentiste impaciencia ó enfado igual al que causarte pudieran importunas palabras de otra alma que, mal sabedora de los gustos de la tuya, pretendiera asir de tí y hacerse suya deteniéndote en los fáciles y guardados caminos por donde vá tu vida?

Mas si hubo rudas en el Rutizal, no queda ya ninguna, ni apariencia de ellas. Desalojaronlas en una parte el rozón y la azada, convirtiendo la sierra en jardín; y en otra parte los duros robles y valientes castaños, bajo cuya sombra no viven plantas que necesiten la holgura del campo abierto, su ambiente libre y la espléndida abundancia y sueltos halagos de la luz y el aire.

El Rutizal de ahora abunda en flores: las tiene para todas las estaciones del año y para todos los gustos de sus gentiles dueñas; para engalanar cabezas y talles en días de regocijo y fiesta, como para cubrir hasta el ara de la Virgen María en días de mayor devoción y singular recuerdo, desde la rosa mimosa y mimada que se abriga entre el cabello ó puesta sobre el corazón sin temor á los crudos asomos del invierno, hasta la exótica yuca que tiembla sobre el tallo zahareño al rigor de los primeros hielos en otoño.

Y no es únicamente jardín el Rutizal, que contiene el infantil capricho de los ojos, ó lisonjee las vagas imaginaciones de una alma triste, enamorada de cuanto en la naturaleza tiene breve y desinteresada vida; es también huerta copiosa y fértil que satisfacé el paladar goloso, y es sobre todo casa... Casa de vasto solar y sosegado techo como destinada á abrigar la bendición mayor del cielo, crecida y numerosa prole; de espaciosos balcones donde esa bendición se muestra al que pasa y la ignora, al que la sabe y la envidia; al que, pobre de otros contentos, se paga y toma para sí de aquel contento á más dichosos reservado. Casa de anchas puertas para que por ellas entren no uno á uno sino en montón y en familia cuantos necesiten y busquen hospitalidad. Más por si el que llega á pedir posada fuera de los encogidos y medrosos á quién mortifique ver para él únicamente abiertas las hojas sonoras de la portalada, tiene á par de esta un postigo estrecho y callado por donde el encogido entre sin vergüenza de su humildad ó martirio de su modestia.

JUAN GARCIA.

GRACIAS Y DESGRACIAS DEL MATRIMONIO.

CARTAS

DE UN SOLTERÓN A UN NOVIO Y VICE-VERSA, SOBRE

EL TECNICISMO MATRIMONIAL,

COLECCIONADAS

POR UN INDIVIDUO DE AQUELLA RESPETABLE

CLASE PRIMERA.

VII.

Sin pérdida de correo, Pepe escribió á Antonio una carta que, copiada al pié de la letra, dice así:

«QUERIDO ANTONIO:

¡Qué manera tienes de sacudirme las moscas! No me dejaste ni un hueso sano ni una intención derecha con el varapalo que me das en tu carta, sin miramiento alguno á que me colocó á honesta distancia del matrimonio, pero con honrados pensamientos. No es en verdad, plausible tu conducta; agravando tu proceder la libertad que continuas tomándote de leer mis cartas á tus futuras esposa y cuñadita con estudiada picardía, y haciendo unos comentarios que desde luego rechazo por insidiosos.

Según se digan las cosas, suenan, pués hasta las más solemnes, si se dicen en burla, provocan á risa; agrega la crudeza de tus reflexiones, y será su inmediata consecuencia el mediano concepto que de mí tienen formado tus dos mujeres, cuando en tesis general hablo y con la deferencia que se merece cada mujer en particular, que me precio de respetar galante los fueros del bello sexo.

No confundamos las especies. No des lugar á que me espante todo campanillazo que oiga en mi casa, teniendo no sea tu suegra que viene á pedirme estrecha cuenta de mis predicaciones anti-casamenteras, acción si desatinada, disculpable en una madre que tiene una hija amonestada, y otra con esperanzas de ser novia pronto, si vale lo que pregonas, y yo creo, esa señorita que confía en traerme á mandamiento, y puede ser lo consiga por ser yo un católico de tomo y lomo. Lo dudoso es que me traiga á sacramento, que es lo que se busca, por no obligar la observancia de todos los siete á la comunión de los fieles, y lo digo sin rodéos ni circunloquios, para no imitar aquella ironía que descubro en tu carta, tras de la cual se trasluce bien claramente que dió mi tiro en el blanco, porque quién se pica ajos come.

Y lo de la pica me trae como de la mano á recordar que tu última carta está salpicada de palabras técnicas del arte de la lidia. Malo es mentar la sogá en casa del ahorcado. La pasión te cegó, y cometiste una imprudencia más, que no dejé sin correctivo, cuando, desde que empecé á escribir en defensa de sanas doctrinas, están retozando bajo mi pluma las notables analogías que hay entre lo matrimonial y lo taurino. Pués bien; ya que te descuidaste en hablar de los lances de una corrida, y que ahora está tan en boga la tauromaquia, es una ocasión, que ni pintada vendría mejor, para detenerme en estas concordancias; bien sea en complemento del asunto, ya para tu moral escarmiento.

De puro sabido está olvidado, que los del gremio marital forman la insigne, antiquísima y acreditada cofradía de San Marcos, por no sé qué misteriosa afinidad, ó parecido, que el necio vulgo cree hallar entre aquellos desventurados y la res de lidia que se coloca al lado de las imágenes del santo evangelista, como símbolo de la poderosa fuerza de sus escritos. En los maridos representa acaso todo lo contrario, pués no es la fuerza de sus argumentos lo que trajo la semejanza, odiosa como todas, y tal vez se les compare al toro por motivos que no me atrevo á escudriñar. La materia es muy resbaladiza y expuesta á quebraderos de cabeza, no se presta á que nos engolfemos en sus honduras.

Esto del casamiento suele empezar con miraditas que se cruzan entre un hombre y una mujer, y de ser ella fácil en acogerlas, se dice que *toma varas*, cual si fuera un berrendo de Veragua. Plan-teadas así las relaciones, si caujan, viene enseguida la cuestión matrimonial, pero por ser de suma importancia el negocio se le *da largas* hasta que está tierno de puro maduro. Exactamente lo mismo que en la plaza se *da una larga* con el capote al toro bravucón que al salir del chiquero corre ciegamente tras los peones.

El toro y el matrimonio son, por lo tanto, dos cosas que dan juego, si se corrigen á tiempo sus avances, según las reglas del arte.

Otra suerte que en la plaza se celebra es la que llaman los inteligentes *un cambio*, que se reduce á sacar de su terreno al toro haciendo con la muleta una Z, según dicen algunos tratadistas, ó un 7, conforme opinan otros maestros. Lo propio acontece con el matrimonio, que es en sustancia un cambio de estado, mediante el que una mujer se apodera de la hermosa libertad que disfrutamos, valiéndose de un engaño con los trapos y haciendo un 7 en nuestras ilusiones, según unos autores, ó dejándonos en lo último, que es la Z, conforme creen otros padres graves.

No está de más añadir que en la plaza de toros los cambios preceden á una estocada honda por todo lo alto. En el matrimonio anteceden á una estocada horriblemente profunda que dan en la vicaría.

Pero antes de dar muerte al toro le ponen banderillas, y cuando avisan la suerte los clarines y los timbales, se dice, que *tocan á parrear*, por ser un par de rehiletes los que cada chico clava en el lomo de la fierá. Al hombre no me aventuraré á consignar que le ponen banderillas antes de casarse, pero si consiste este solemne acto en formar una pareja que nada ni nadie puede desunir, está dentro de lo razonable que al oír las campanas que anuncian un enlace exclamemos que *tocan á parrear*.

En la citada suerte de banderillas, como en las demás de la lidia taurina, es de mucho lucimiento la que se llama *un quiebro*. Al torero que la ejecuta bien se le aplaude á rabiar, colmándole en recompensa de centenares de cigarros. No menos recogijo producen en el seno del hogar doméstico los quiebro. De ser acertado lo de «la mujer casada la pierna quebrada y en casa», los maridos han de desear este quiebro, á fin de que la suerte del matrimonio no degeneren en desgracia; de lo contrario han de tener paciencia y tomar tabaco, que sabiamente se ha dicho «casarás y amansarás». Y aquí tienes un *mauso* que no sobra en la colección.

En este punto de mis investigaciones te haré observar que una corrida de toros y un matrimonio son sustancialmente una serie de suertes que á trechos interrumpe la muerte, y tanto es ello así, que en el toro se llaman suertes á sus diversos lances, y en el matrimonio al marido y á la mujer se les llama *consortes*, sin duda para significar que los dos están en suerte hasta que llega la hora de la muerte y acaba la corrida de baquetas, que tiene que aguantar un marido desde el momento en que se le ocurre capear su destino.

Las coincidencias entre los lidiadores y los casados son extraordinarias. El individuo de la clase de toreros gana en la plaza, y esta le abruma. El individuo de la clase de maridos tiene los ojos puestos en la plazuela, y su gasto le agobia. Gente es la una de plaza; personas son las otras, por lo menos, de plazuela, que alguna vez he indicado que

- Seven maridos que salen
- De compra por la mañana,
- Que hay en plaza de maridos
- Maridos que son de plaza.

Los lidiadores son hombres de *contrata*, los esposos de *contrato*. Aquellos trabajan con *moña*, estos otros con *moño*, y los dos necesitan maña para salir de su compromiso. Los toreros se desesperan cuando ven la *media luna*, porque es una demostración de que lo hacen muy mal; los casados se afligen al verla lucir en el cielo de su ventura, porque es indicio de que va llegando el último cuarto de su luna de miel. Los diestros más conocidos son por los apodos que por sus nombres; los que se casan ya hemos dicho que hasta olvidan su nombre de pila, por la multitud de mote que les ponen las *diestras*. De estas semejanzas, y otras que por prudencia callo, pudiera presumirse, viciosamente por supuesto, que el matrimonio es una corrida de maridos, y para aumentar la ilusión tenemos las *andana-das* que sueltan las cuñaditas, los *bufidos* de la suegra, y ni siquiera se echarán de menos las *mulillas*, si oímos lamentar al pobrecillo esposo la *arrastrada* vida que lleva con tantos y tan repetidos disgustos y sinsabores.

En cambio los susodichos parientes, volviendo la oración por pasiva á cada triquitraque, exclaman furiosos, con cómicos ademanes de indignación:

«¡Jesús, Jesús, no sabemos como esta pobrecita puede *bregar* con ese mal hombre ¡Cuidado que se necesita paciencia para lidiar con él; aquí no se *divisa* nada bueno; si no logra *trastearle* la perderá al fin su *querencia*.»

Hay que añadir, para la mejor inteligencia del texto, que la mujer puede *trastear* al marido ya con la muleta, ó bien tirándole á la cabeza cuantos trastos haya en la casa, que suele ser lo más frecuente. En este caso, conviene advertir que la *muleta* que usa la diestra sirve después al trasteado para andar con el consiguiente trabajo de piés. Con razón recordaste que en la etimología del matri-

monio entra eso de *monio*, que significa *carga*. ¿Hay alguna que sea más pesada? ¿Conque, según tú lo explicas, el matrimonio es un fardo, y aún lo defiendes?

¡Qué ceguedad! ¡Qué lastimoso uso estás haciendo de tu talento! Esta vez reconocerás que empleé argumentos de puntas. Conste, sin embargo, que colecciono los menos maliciosos, acusado por la temeridad que cometiste de sacarme de mi prudente silencio con tus sandias alusiones é indiscretos discretos.

No prosigo los que la materia ofrece; basta lo dicho á lo hecho. Me doy por contento con haber demostrado que en cualquier terreno en que me busques sales mal parado, quedando así mismo probado, que mientras tú cierras contra mí y me pones hecho una lástima, siendo un Pepe, yo soy tan generoso que me corro hasta *darte una corrida*, magnífico festejo que únicamente figura en las bodas de elevados personajes.

Manifestación de regocijo es la que al presente hago, que pretensiones de convencerte no tengo, pues ya veo que tienes los oídos dados á componer y el entendimiento ocioso. Con tu pan te lo comas; y máneca se te vuelva. Felicidades mil, si la dicha es compatible en el matrimonio, y en todo caso deseo que tu luna de miel no salga por Valencia, que sería sensible que tu ventura á ella se quedase; pero bien te quedas á la luna de aquel punto ó á la de otro del globo terráqueo, resulta que las vehementes aspiraciones de tu corazón se reducen á pasar una temporada al *sereno*. ¡Donosa serenidad, por vida mía!

La frescura es la de los que rodean al novio. Unos alabándole el matrimonio como un estado de pasmosa beatitud, y otros, ponderándole sus excelencias, al cabo se lo hacen *contraer*; pero pierden cuidado, que ninguno se lo hará *conllevar* pacientemente, pues apenas vean consumado el enlace exclamarán indiferentes al escuchar lo lastimoso de la tragedia. ¿Y á mí qué me cuenta V.? ¡Vieralo V. antes que ya no es un niño!

La experiencia nos enseña que los incautos novios pueden *trocar* todo lo que quieren; llevar no les dejan más que la pesada cruz del matrimonio solos ó con ayuda de un Cirineo que aumenta la pesadumbre, y las manos á la cabeza para arrancarse los pelos; siempre que entre los unos y los otros no le hayan *descabellado* á fuerza de malos ratos.

Me parece que en alguna de mis cartas anteriores indiqué esta idea en otra forma *mero*; torera, comentando una palabra de casamiento. No lo achaques á redundancia; consiste en que eso del casorio es una especie de enjablado laberinto, cuyas reforcidas callejuelas vienen á parar á la plaza del engaño. Los avisos ó vems esto muy claro, vosotros los ilusos muy turbio.

Cuando la casualidad hace que presencia un casamiento, nunca con deliberada intención asistí á uno, me extremezco de pies á cabeza, y un color se me va y otro se me pone al oír que el imbecil del novio, con moribunda voz dice *sí y sí* á cuantas preguntas le dirigen. El pobrecito á todo contesta amén, como si desde aquel tremendo momento abdicase su voluntad, resignado á sufrir la pena negra. Entonces, acordándome de las fábulas de Esopo, exclamé dolorido:

A todo dijo que sí
El inocente borrego;

y como no tengo el corazón duro, compadezco al prójimo que pacientísimamente se ofrece en holocausto de nuestros pecados, prestándose sin chistar á sufrir un *pase* á la reserva, y demás pases que le den hasta hacerle morir *aguantando*, porque todavía no registra la historia en sus anales que haya muerto un marido *recibiendo*.

La insignificancia de un casado es tradicional. Aquello de «no es nada, que matan á mi marido» es un antiquísimo refrán castellano que la Academia en su Diccionario interpreta con sabia candidez. ¡Ah! es nada, ese nada!

Las consecuencias del matrimonio son fatales; es un lance que degenera á veces en un relance, en el que uno sale alcanzado á trompicones, y en su principio es tan amargo que en seguida de celebrarle es preciso *dar dulces* á todos los que le presenciaron y á todos cuantos oyeron que iba á efectuarse, para templar la hiel que deja su recuerdo, del mismo modo que un terrón de azúcar quita el mal sabor de una medicina. Si el matrimonio fuera en sí dulce, no habría que recurrir á este postre de confitería; pero como es difícil de tragar es necesario dulcificar el tenaz desabrimiento que deja en el consorte y sus cómplices.

Con lo que acabo de exponer á tu consideración comprenderás, Antonio, que no puedo, ni debo, ni quiero autorizar con mi presencia el desatino de tu destino ni el despropósito de tu propósito.

Verte casar sería para mí un doloroso acto que equivaldría á una abdicación de mis ideas radicales respecto á la unión conyugal. No me esperes: no voy á verte casar; de mejor grado iría á verte ahorcar. La horca es un momento de aprieto; el matrimonio es un aprieto de todos los momentos; al que ahorcan muere viviendo y al fin descansa; al que casan vive muriendo y nunca reposa; el ajusticiado con una pena paga su delito, pero el marido con todas las penas del mundo no paga la pega que le hacen.

Está dicho: no voy á verte martirizar, digo, casar, y para que no lo achaques á que temo la discusión á que me reta tu cuñadita, te prometo solemnemente que iré á visitarte trascurrida que sea la

primera serie del abono matrimonial. Allí veremos ese día quién lleva el gato al agua, ó quién le pone cascabeles, si ella con sus graciosos argumentos, por no ser manca, ó yo con mis prosáicas razones, por no ser mudo; pero conste, para los efectos oportunos, que si tiene ánimo de confesor no va con vocación de mártir tu afectísimo amigo

PEPE.

P. D. ¡Ah! no dejes de mandarme los dulces de la boda, que mi amargura es grande, y agradeceré rezaré por la paz de un hombre que pasa á mejor vida. ¡Dios le asista!

FRANCISCO NEAPOLIS.

(Se concluirá.)

DÍA DE FIESTA.

Dentro de poco nos va á pasar lo que al burro, benemérito cuadrúpedo de quien cuentan malas lenguas que *no sabe nunca cuando es día de fiesta*.

Como no todos los individuos de aquella especie zoológica andan en cuatro piés, yo he podido, aún sin ser aficionado á esos estudios de zoología animal, comprobar alguna vez lo cierto de aquella popular sentencia.

¿En qué se distinguen hoy los días de fiesta de los que no lo son?

Pues solo en alguna que otra tienda cerrada y en la invasión de los paseos públicos por las criadas á quienes *toca salir*.

¡Ah! También hay misa de doce.

Por lo demás, cada uno en su casa y Dios en la de todos... según ellos dicen.

El diablo, que en todo ha de meter la pata y que sabe más de lo que parece, dispuesto á suprimir los días de fiesta, pues sin duda eran para él de duelo, ha estudiado el flaco de cada porción de la sociedad, abriéndose en todas las paredes agujero por donde dejar caer su consabida pata.

Y para catequizar á los de abajo de todo, inventó eso de la *religión del trabajo*, pócima inmundada que hizo tragar á unos cuantos individuos, los cuales, naturalmente, lo vomitaron en seguida, y á quien le sorprendió el *movimiento* en la tribuna del club, y á quien en la redacción de un periódico. De todas maneras, ya sabía el diablo que no habría estómago, y eso que los hay para todo, que resistiera aquello.

Algo más difícil debió de parecerle el ganar á su bando á los de arriba; pero á bien que ahí estaba la palabra *cursi*, recién metida en el Diccionario y sin servir mayormente para los usos de la vida. Y aprovechando una huelga de los académicos, que estaban todos á baños por aquel entonces, fué y se la colgó al Domingo, como quién cuelga un caldero al rabo de un perro.

Y convinimos todas las clases ilustradas en que el Domingo era un día *cursi*.

Con lo cual quedamos todos iguales, y mientras las señoritas elegantes se metían en casa, huyendo del paseo dominguero y en busca de un aburrimiento digno de sus prendas, los *hombros* ordinarios se fueron á la taberna, digo, al taller, que me he equivocado.

Todo ello es resultado del progreso natural de los tiempos.

No cabe duda de que nuestros antecesores vivían muy atrasados... Claro, por eso eran antecesores.

¿A qué venía ese descanso obligado de un día entre cada siete, de todo un día con sus veinticuatro horas tan largas y tan útiles como las de cualquier otro?

¿Qué falta hace esa parada del domingo... sobre todo al que no hace nada en toda la semana?

Vivimos los hombres de hoy tan de prisa que ni un minuto podemos perder. Desde que sabemos que la vida es una cosa que baja, sabemos también que, por ley de Física, andamos con movimiento uniformemente acelerado, esto es, que cada vez tenemos menos tiempo de que disponer.

Y sabemos que *baja*, porque hemos convenido en que arriba no hay nada. Nosotros á alguna parte vamos. ¿No es arri-

ba? Pues tiene que ser abajo. Eso es como el agua... cuando no viene turbia.

En vida de nuestros padres tenían explicación tales descansos. Ellos, que lo veían todo del revés, creían de buena fé que lo que hacían era *subir*, y en los caminos cuesta arriba, claro está que hay que pararse de cuando en cuando.

¿Cómo serían de ignorantes que no habían caído en que el trabajo pudiera ser una religión? Considerábanle ellos como una de sus leyes solamente, y creían que había algo más noble que el trabajar, y que ese algo era el descanso del trabajo cuando de ello fuera tiempo; diciéndose para sus adentros que si lo primero es prueba de obediencia, lo segundo lo es de gratitud, y que la gratitud es el mérito más alto del hombre.

...Pensadlo y veréis que tenían razón. Y veréis que, como todo lo mandado en nuestro catecismo, el descanso del domingo es un mandato, infinitamente sabio, y que sus placeres satisfacen á todos los deseos del espíritu, cuando no ha padecido en ellos ni en sus gustos las aberraciones que engendra el vicio.

Hermosas son las fiestas de la ciudad: agradables sobre toda ponderación los martes de la Condesa, los viernes de la Duquesa y los sábados de las de X: á darles esplendor y galas contribuyen cada noche la hermosura, la elegancia, las sales del ingenio culto, cuanto de exquisito é inmejorable encierra la sociedad. Nadie habrá que los moteje, fuera de algún filósofo trasnochado que se *corta* delante de las señoras, y que intenta hacer pasar por seriedad y arrogancia varoniles, su grosería y falta de mundo.

Pero ¿cuál de esas fiestas deja en el ánimo la impresión placida é inefable del domingo de la aldea? ¿Qué música suena como la de aquella campana tañendo á misa mayor, ni qué espectáculo enamora como aquel de los trajes de fiesta en que orgullosamente envueltos acuden los vecinos á honrar á Dios y su santa casa, obedeciendo la voz que desde lo alto de la torre los advierte de su primera é inexcusable obligación de aquel día? ¿En cual *soirée* brillante informa la alegría rostros y corazones tan por entero como lo hace en el *corro* aldeano? ¿Qué baile tan *baile* como aquel que, á fuerza de ser alegre, llega á no parecerlo, pues en él la alegría se hace ya culto revisiendo el aspecto ceremonioso de cualquier otro?

¡Bien honda ha de estar la pena que en la aldea resista al bálsamo eficaz del domingo, y á sus múltiples consuelos, á la plática en la Iglesia por la mañana, y al baile ó la merienda por la tarde.

¿Cuántos, entre los de la ciudad, cuentan con el domingo para espantar y dar de mano á sus tristezas?

Lo que es plática, buena la hay todos ellos en la Catedral, mejor que la de la misa de aldea, es decir, mejor dicha por regla general. Pero á nosotros ¿qué nos cuentan con eso? Bien se está San Pedro en Roma, y el Obispo en el púlpito, y nosotros en la cama.

Bastante haremos con dejarnos ver en misa de doce, allá cuando el Evangelio, medio dormidos... y desaseados por entero, porque ¿quién se *viste* ya en un día de fiesta.

Y respecto del baile de por la noche ¿qué esperanzas fundar en él nosotros los de hoy, los recién salidos del horno, que al tratar de ir al primer baile aprendemos á aburrirnos antes de aprender á saludar á una señora?

M.

PARÍS POR DENTRO.

UN DOCTOR EN QUIROMANCIA.

Acaba de fallecer en París un hombre, un sabio, según unos, un charlatán, según otros, que tuvo su momento de celebridad y sus adeptos y que no dejaba de tener cierto mérito.

Desbarrolles, el *perfeccionador* si no el inventor de la quiromancia, acaba de empre-

der el viaje hacia ese mundo de lo desconocido en el que habrá podido convencerse de la inanidad de esa famosa ciencia ó brujería de la que él pretendía ser Doctor eminente, y que consiste en leer el porvenir en las rayas de la mano.

¿Quién no ha confiado alguna vez su sinietra palma al adivino ó á la jirana? ¿Quién no se ha dejado *echar la buena ventura*?

—Línea de la vida larga y buena, dice el agorero... ¡Oh! ¡Oh! aquí se encuentra interrumpida. Sufirá V. una enfermedad.

—¿De verás...? Pero ¡llegaré á viejo?

—Sí; vivirá usted, por lo menos, sesenta años.

Después de examinar la línea de la vida, el quiromántico examina la del corazón, que se encuentra más abajo y que describe una curva contraria é inversa á la de la vida.

Todos los surcos, veredas y enrejadas, rayas y líneas que se ven en la palma de la mano, tienen para el que sabe leer esta escritura jeroglífica, una significación positiva, y representan respectivamente la imaginación, la lógica, la honradez, el sentido común, la lujuria, la sobriedad y qué sé yo cuántas cosas más.

Esta invención que ha seducido á muchos, porque son numerosos los apasionados de lo desconocido, los enamorados de lo sobrenatural y fantástico, los ávidos de emociones, constituye una de las muchas maneras empleadas por la ignorancia para tergiversar y enmascarar la ciencia, de suyo asaz difícil y encubierta.

Las líneas de la mano son lo que la naturaleza un poco y la costumbre mucho quieren que sean. Las personas que no se dedican á trabajos manuales tienen esas líneas mucho menos acentuadas que el obrero. Estoy seguro que la línea de la vida que se percibe en la palma de la callosa mano de un leñador montañés anuncia, por lo menos, trescientos años; la del corazón, que este es de oro; la de las aptitudes, que no hay quién á aquel iguale en lo de abatir una robusta encina.

Las líneas de la mano de un hombre que, acostumbrado á una vida sedentaria, se dedique á un trabajo manual habrán cambiado por completo al cabo de dos ó tres años.

La ciencia de Desbarrolles, sobre la que tanto se ha escrito y que Desbarrolles ha profesado con tanta convicción como prosopeya, me parece puro charlatanismo, como la cartomancia, como la frenología, como la misma grafología, más racional sin embargo y menos fantástica.

Lo que ha dado á estas ciencias modernas, y por bien nombre llamadas ocultas, cierta autoridad y cierto prestigio, es la vanidad por un lado y por otro la facilidad con que se llega á ser maestro en ellas.

Si algún incorregible frenólogo ó grafólogo empedernido lee esta afirmación mía me va á poner de oro y azul.

No me importa y no les tengo miedo. Dispuesto estoy á discutir con ellos y seguro de encerrarlos en las estrecheces de la lógica y de convencerlos de sus errores.

No se asusten ustedes. Conozco las exigencias de un artículo de periódico y no he de caer en la tentación, por otra parte superior á mis fuerzas, de hacer aquí una sabia y ligera disertación sobre las ciencias ocultas, sus orígenes, su naturaleza y sus consecuencias, en estilo ampuloso y pedagógico, como si estuviera escribiendo una de esas *memorias* con que se suele escalar la Academia de ciencias morales y políticas.

No hablaré á ustedes de los trabajos realizados por los verdaderos sabios que han demostrado hasta la evidencia que las prominencias del cráneo son accidentes puramente huesosos que nada tienen que ver con los apetitos, disposiciones, pasiones y aptitudes del hombre.

Tampoco pondré á ustedes de manifiesto los cien y cien ejemplos de cerebros de grandes hombres ó de grandes filántropos que, puestos en la balanza, han resultado pesar menos que los de algunos imbeciles ó asesinos, prueba evidente de que tampoco podemos extasiarnos, como algunos pretenden, ante los macrocefalos.

Pero no puedo resistir á la tentación de relatar á ustedes una verdadera historia, que parece cuento, y que en el presente caso me sirve—*castigat ridendo*—de argumento.

Un frenólogo explicaba á sus discípulos la significación de ciertas prominencias cerebrales.

—El desarrollo de la parte inferior y posterior del cráneo, decía el maestro, indica el amor filial.

Y dirigiéndose á un alumno que tenía una prominencia en indicado sitio, añadió:

—Este muchacho, por ejemplo, debe de querer entrañablemente á sus padres. ¿No es verdad, joven?

—Diré á V., contestó el discípulo. Quiero mucho á mi madre que es una santa, pero no tanto á mi padre, que es colérico y brutal. Este bulto que V. admira tanto es precisamente un chichón que mi padre me ha hecho esta mañana de un bastonazo.

Y si, lector, dijeres ser cuento, como me lo contaron te lo cuento.

La grafología, (de la cartomancia no hay para qué hablar) tiene algunos visos más de fundamento, pues es evidente que nos es difícil decir, al ver una escritura, si esta está trazada por una mano masculina ó femenina, joven ó vieja, nerviosa ó apática; y así y todo estas revelaciones carecen de precisión y de certeza.

Yo, que he tenido la curiosidad de hacer observaciones y experiencias sobre este asunto, recuerdo que en una ocasión presente á un eminente grafólogo francés una carta de un amigo mío, montañas por más señas y hombre de puro ordenado, meticoloso. Pues bien, aquel me dijo que la epístola en cuestión debía estar escrita por una mujer desahogada; y habiéndole preguntado yo las razones que le asistían para opinar de tal suerte, me respondió. «Fíjese V. en la irregularidad de este margen derecho. Unos renglones son más cortos que otros, signo evidente de desalino; pero al propio tiempo observe V. la forma de la letra que es pequeña y trabajosa, es decir, trazada por una persona que no tiene costumbre de dejar correr la pluma, que escribe pausadamente. Indudablemente es de una mujer poco cuidada.»

Peró volvamos á la quiromancia, puesto que de ella nos ocupamos hoy con motivo de la muerte de su gran profeta Desbarrolles, y que me parece ciencia aún mucho más vaga é incierta.

—Usted ha pasado por una enfermedad grave, decía Desbarrolles á cualquiera con imperturbable aplomo.

Si le respondían negativamente, añadía:

—Sí; usted ha debido atravesar una crisis aguda, por ejemplo, un período de gran debilidad, de anemia, de fiebre.

Y cómo no decía cómo ni cuándo, el hecho resultaba cierto y exacto, porque todo el mundo ha atravesado en su vida un período de crisis, aunque no sea más que el de tránsito de la adolescencia á la pubertad; todo el mundo ha tenido fiebre alguna vez, aún cuando no haya tenido otra—y sin contar la fiebre política que devora á los noventa por ciento de nuestros contemporáneos—que la de detención cuando era chico.

Lo mismo sucedía cuando Desbarrolles predecía el porvenir. Anunciaba una enfermedad según la edad de la persona, para los 40 ó 60 años, períodos siempre críticos en la vida del hombre, en los que pueden predecirse ciertas perturbaciones sin necesidad de ser adivino.

Peró tal es la influencia de la imaginación, tal el atractivo de lo maravilloso, que pocos veían cuán fácilmente Desbarrolles, que era un profundo observador y un hombre muy ducho en su oficio, podía adivinar, sin temor de equivocarse, muchas cosas que son evidentes en sí mismas.

Desbarrolles empezaba siempre dirigiendo al que le consultaba algún piropo y adulación, que aquel tomaba por moneda corriente, y que le predisponía en su favor. A esto lo llamaba Desbarrolles *abrir la fisonomía del paciente*. Una vez abierta, el trabajo del adivino se reducía á examinar en ella los movimientos y contracciones que le indicaban casi siempre, dado su buen talento y gracias á su experiencia, si iba ó no por buen camino y si acertaba ó no en sus adivinanzas.

Desbarrolles ha muerto á la edad de 85 años, no obstante la predicción que se hizo á sí mismo de vivir más tiempo. Personas hay que lo saben y que á pesar de ello preparan sus últimas disposiciones para que la época en que Desbarrolles les anunció que morirían no venga á sorprenderlos.

La parroquia de los adivinos, como la de los magnetizadores y sonámbulos, está dispuesta á creerlo todo, tiene fé y vé, por consiguiente, en la simple enunciación de una cosa evidente, una colosal é increíble revelación.

La conclusión de todo lo dicho es que no hay que dar más fé á los quirománticos que se dicen sabios que á los prestidigitadores que manejan la varita de virtudes ó baqueta mágica de Cagliostro.

Unos y otros son unos amabilísimos farsantes más ó menos hábiles y con más ó menos gracia.

Todos mis lectores conocen el tipo de *La Rámila*, que el eminente y correctísimo escritor, gloria y prez de la Montaña, don José María Pereda, con tanta gracia y maestría pinta en *El sabor de la tierra*. Pues bien, los quirománticos y otras gentes *ejusdem farinae* no son sino la Rámila de salón, la Rámila al uso de las personas que se dicen cultas.

El hombre no conoce ni conocerá nunca el porvenir. Los hechos vienen, ora lentos y silenciosos, ora como el huracán, estrepitosos y rápidos, sobrecogiéndonos á veces y á veces aplastándonos, pero sin que al venir los veamos, oigamos, ni sintamos nunca.

Querer levantar el tupido velo de lo desconocido, querer arrancar al destino sus inscrutables secretos, querer penetrar en el sombrío arcano de lo porvenir, es humana pero vana pretensión, é inútil soberbia é insana locura.

Pío SILBEN.

Neully-sur-Seine 23 de Febrero de 1886.